

La autoridad de Jesús

SERIE – JESUS LO CAMBIA TODO – LECCION 47



NUESTRA MISIÓN

GANAR almas para Jesucristo,
CONSOLIDARLOS para la madurez,
CAPACITARLOS para servir y
ENVIARLOS a ganar a otros,
de tal manera que glorifiquen a Dios.

NUESTRA VISIÓN

Alcanzar para Cristo
a nuestra comunidad y
nuestra nación a través
de los Grupos Familiares.



Saludos líder: Estamos estudiando la vida de Jesús, basados en el Evangelio de Marcos.

La gente se reunía de todas partes para escuchar lo que Jesús decía sobre el reino de Dios, y la forma más común en que explicaba el reino era en parábolas.

Sin embargo, las enseñanzas del Maestro no se limitaban sólo a sus palabras, también sus acciones nos brindan mucha enseñanza. Nos centraremos ahora, en el encuentro de Jesús con un endemoniado, de la región de Gerasa o Gadara.

“Dando un alarido, gritó: «¿Por qué te entrometes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡En el nombre de Dios, te suplico que no me tortures!». Pues Jesús ya le había dicho al espíritu: «Sal de este hombre, espíritu maligno». Entonces Jesús le preguntó: —¿Cómo te llamas? Y él contestó: —Me llamo Legión, porque somos muchos los que estamos dentro de este hombre. Entonces los espíritus malignos le suplicaron una y otra vez que no los enviara a un lugar lejano. Sucedió que había una gran manada de cerdos alimentándose en una ladera cercana. «Envíanos a esos cerdos —suplicaron los espíritus—. Déjanos entrar en ellos». Entonces Jesús les dio permiso. Los espíritus malignos salieron del hombre y entraron en los cerdos, y toda la manada de unos dos mil cerdos se lanzó al lago por el precipicio y se ahogó en el agua. Los hombres que cuidaban los cerdos huyeron a la ciudad cercana y sus alrededores, difundiendo la noticia mientras corrían. La gente salió corriendo para ver lo que había pasado. Pronto una multitud se juntó alrededor de Jesús, y todos vieron al hombre que había estado poseído por la legión de demonios. Se encontraba sentado allí, completamente vestido y en su sano juicio, y todos tuvieron miedo. Entonces los que habían visto lo sucedido, les contaron a los otros lo que había ocurrido con el hombre poseído por los demonios y con los cerdos; y la multitud comenzó a rogarle a Jesús que se fuera y los dejara en paz”. Marcos 5:1-6 NTV

Interacción: ¿Qué le atemoriza a usted?

Permítame decirle lo que le atemoriza al diablo: él le teme a Jesús. Las potestades del infierno entran en pánico ante la presencia del Señor. Usted puede verlo aquí. Las primeras palabras que Jesús le dijo a Legión fue una orden: «*Sal de este hombre*». Los demonios sabían que tenían que obedecer su autoridad.

Muchos descartan la posesión demoníaca como un concepto anticuado, y un diagnóstico erróneo de esquizofrenia u otras enfermedades mentales (hasta ese momento nadie, excepto los demonios, sabía quién era Jesús. Una persona mentalmente perturbada no lo sabría). El gran médico conocía la diferencia. El problema con el hombre de Gerasa no yacía dentro de su propia mente; por el contrario, los malos espíritus habían ingresado en él desde el exterior.

Un médico debe hacer una diagnosis exacta si ha de recetar un remedio. Jesús sabía exactamente el problema.

I. LA AUTORIDAD DE JESÚS.

Jesús no negoció diciendo a los espíritus que sentaran cabeza y dejaran al hombre vivir una vida normal. Tampoco trató a los espíritus malignos como se trataría a un adolescente negligente: «Te doy una hora para limpiar tu cuarto».

La orden fue, «¡Sal! ¡Ahora!» No se puede transigir en el trato con los espíritus malignos. El desalojo inmediato es la única cura. Por eso se nos instruye: «Resistan al diablo, y él huirá de ustedes» (***Sntgo 4:7***). No se equivoque con el diablo, ni escuche su mentira de que usted no puede tomar autoridad sobre él.

Jesús no debatió con los espíritus malignos. No pidió detalles acerca de dónde venían o cómo ingresaron en el hombre. No preguntó sobre algún encuentro pasado, Jesús estaba enfocado en lo práctico, no en lo místico. Y, estos demonios destruyeron totalmente la calidad de vida que este hombre podría haber disfrutado. Esa es la tarea del diablo, viene como un ladrón para robar, matar y destruir, pero Jesús vino para que podamos tener vida y tenerla en abundancia (***Jn 10:10***), por lo que la orden fue: «¡Sal! ¡Ahora!».

No olvide esta verdad: Jesús tiene poder sobre el mal. Punto final.

Claramente los demonios ***temían a Jesús*** ya que no querían ser torturados. Temían tanto al desplazamiento que los demonios “*suplicaron una y otra vez*”. Vemos que los demonios permanecen en áreas específicas, que contraste tan marcado con los discípulos de Cristo, quienes

viajan por todo el mundo con el evangelio. Los seguidores de Jesús están dispuestos a salir de su comodidad para compartir con otros las buenas noticias de que Jesús es el Hijo de Dios, nuestro Salvador.

2. JESÚS Y LOS DEMONIOS

El hombre endemoniado vivía en el cementerio. *Jesús va* donde las personas decentes y normales no van, afuera, donde el desquiciado vive entre tumbas. Es cierto que Jesús va también a las casas de los ricos (como fue el caso de Zaqueo), pero asimismo va a los desolados, a los desechados, a las personas destrozadas que viven en lugares indeseables.

Los demonios sabían que tenían que *dejar* al hombre. Las dos únicas alternativas eran destrucción (“¿Has venido para destruirnos?” **Mr. 1:24**) o permiso para entrar en los cerdos. Los demonios no pidieron la liberación de su condición, es decir, no pidieron perdón ni redención. Esto constituye una advertencia solemne para todos los seres humanos, la elección que hacemos en esta vida en cuanto a Cristo tiene consecuencias eternas e irreversibles.

El Señor accedió a la petición de los demonios al dejarlos entrar en el hato de cerdos. Era un número impresionante: 2.000 cerdos. Los discípulos deben haber

estado boquiabiertos mientras veían al hato correr hacia el lago de Galilea y ahogarse. ¿Qué nos dice eso?

El diablo destruye. Los demonios desintegraron la personalidad de aquel hombre, y ellos sellaron la muerte de los cerdos. El diablo y sus legiones causan desorden de personalidad y toda clase de devastación. Por otro lado, ***Jesús libera y restaura.***

Jesús nunca permitió que un demonio dejara a una persona y entrara en otra. Los demonios siempre fueron expulsados. La única vez que se les permitió ingresar en otros cuerpos fue aquí, en los cerdos.

La buena noticia de esta historia es que ningún demonio o atadura puede resistir el poder liberador de Jesús. ***Él nos ha dado Su autoridad*** para expulsar demonios. El estar llenos del Espíritu conlleva a que, cuando oremos por aquellos que, como este hombre endemoniado, quieren ser libres de las ataduras de los demonios, drogas, o lo que sea que los mantiene cautivos, el mal tiene que soltarlos.

3. ¿LOS CERDOS O LAS PERSONAS?

Los apacentadores de cerdos estaban en el estrato más bajo de la jerarquía social y económica. Los apacentadores gergesenos

no sólo tenían que cuidar a los cerdos, sino también vigilar al endemoniado que vivía cerca, quizás en la próxima colina.

Después de que Jesús liberara milagrosamente al endemoniado, los hombres que cuidaban los cerdos corrieron hacia el pueblo y al campo, seguramente a dar aviso a los dueños de los cerdos. Cuando llegaron buscando sus cerdos, vieron al hombre en su lugar. Marcos nota que estaba “*completamente vestido*” lo que indica que antes de su liberación estaba desnudo o andrajoso.

¡Y estaba sentado! Qué alegría habrá sentido de tener control físico de su propio cuerpo. Antes de la liberación, él había estado agitado y atormentado, incapaz de controlar sus propias acciones. Tal como Jesús anteriormente había traído paz al viento y las olas, Él le había dado paz a un alma quebrantada.

La reacción de la gente fue doble: en primer lugar, miedo y después, rechazo.

El temor hacia Jesús no condujo a la multitud a reverenciar a Cristo o postrarse en adoración. Ellos temblaron ante el poder de Jesús, pero no prestaron atención a la evidencia del amor de Jesús en hacer volver al hombre a sus cabales.

Sorprendentemente, ellos rechazaron a Jesús. Le dijeron que se fuera de la ciudad. ¿Por qué?

Supongamos que ellos tuvieran una elección, y sólo pudieran votar por una opción: conservar sus cerdos o hacer volver al hombre salvaje a su sano juicio. ¿Cómo cree usted que habrían votado?

Jesús lo sabía; por eso dejó que la manada de cerdos fuera destruida. Sabía que esta comunidad valoraba la propiedad más que a las personas. Los ciudadanos de Gerasa se enfocaron en lo que habían perdido, no en lo que se había ganado. Sus propias carteras habían sido golpeadas así que no se podían gozar que una persona había sido recuperada como humano.

Conclusión:

Los gerasenos no fueron los primeros ni serán los últimos en tomar este tipo de elección.

Vemos estos mismos valores obrando más adelante en la vida de la iglesia primitiva. ¿Qué sucedió cuando en Filipos una esclava poseída por un demonio de adivinación fue liberada? Sus propietarios acusaron a Pablo y Silas, y éstos fueron azotados y encarcelados (**Hechos 16**). Lo mismo sucedió cuando el evangelio llegó con tal poder a Éfeso que el principal negocio de la ciudad, la fabricación de

ídolos, prácticamente fue a la bancarrota, los que vivían de él se amotinaron (***Hechos 19***).

Cada vez que ponemos nuestras posesiones por encima del bienestar de las personas —como los gerasenos, los dueños de esclavos de Filipos o los forjadores de ídolos de Éfeso— le pedimos a Jesús que siga mejor su camino.

Reflexión: *¿Será que, en algún momento, habremos puesto nuestras posesiones por encima del bienestar de las personas?*

Una oración

Señor Jesús, sé que tienes poder sobre todo mal, incluyendo cualquier mal en mí. Gracias tanto por liberarme de las garras del diablo como por investirme con poder del Espíritu Santo para vivir para ti. Señor Jesús, ayúdame a no aferrarme a mi cartera para que pueda aferrar firmemente las manos de aquellos que amo, y de aquellos por los que moriste para salvar.